

CONTEMPLACIÓN Y RESPETO POR LA PERSONA²

Cuando me indicaron el título de esta conferencia -“Contemplación y respeto por la persona”- me quedé un poco sorprendido porque no es común unir estos dos términos de “contemplación”, que nos hace pensar en una experiencia espiritual, y “respeto por la persona”, que está más relacionado con la antropología, los derechos humanos o la teoría de la sociedad. Pero más allá de la sorpresa inicial y del reto que se me presentaba, he ido pensando que efectivamente se pueden relacionar estos temas y, en el fondo, tienen más de un punto en común, aunque casi nadie lo ponga de relieve explícitamente. En mi relación trataré de tres puntos: La persona entre trascendencia y relación interpersonal, los cuatro pasos hacia la contemplación, respeto por la persona.

Yo soy un monje y articularé mi conferencia de acuerdo a mi experiencia monástica de la contemplación y a la concepción de la persona que se desprende de ella intentando destacar la actualidad de estas cuestiones para nuestra vida y para nuestro mundo de relaciones:

- ¿qué - quién es la persona humana y por qué hay que respetarla?,
- ¿qué es la contemplación, para qué sirve en la vida y cómo contribuye a nuestra configuración de personas y al respeto interpersonal?

La persona entre trascendencia y relación interpersonal

La persona tiene varias dimensiones vitales que, siguiendo a S. Pablo, podemos enumerar como corporal, espiritual, intelectual y social. Tenemos un cuerpo, un alma, tenemos una facultad racional y nos relacionamos con los demás. Son dimensiones que se interrelacionan. No existe una persona que no tenga un cuerpo o una inteligencia. Yo destacaré sin embargo dos dimensiones, la espiritual y la social. La persona humana se proyecta, se interpreta, se reconoce, se comprende en un contexto relacionado con los otros, en continua confrontación con los demás. La persona se desarrolla esencialmente en la convivencia. Una convivencia que se va haciendo, configurando con el tiempo, con la experiencia, con el dinamismo de la vida. Por eso, Ortega y Gasset decía que la experiencia es «pensar con los pies», es el mismo caminar por la vida. No se refiere con esa expresión a un tipo de pensamiento sino a una experiencia vital. El hombre es un ser que convive en un ámbito personal de vida. Cada uno es y se siente hijo o hija de alguien, padre o madre de alguien, hermano o hermana de alguien, amigo o amiga de alguien, esposo o esposa de alguien. La vida nos define en gran parte por nuestra relación con los demás³. La vida misma se desarrolla en el tiempo y, en consecuencia, la persona tiene una dimensión temporal. Eso no significa que todo cambia. Cambian algunas cosas. Somos “el mismo” pero no “lo mismo”. No es lo mismo la identidad que la mismidad. Pedro es el mismo Pedro siempre en cuanto su identidad no cambia. Pero no es el mismo Pedro de niño, de joven, de adulto y de anciano. Cambia su cuerpo y su modo de razonar. Cambia por tanto su mismidad. Además del aspecto interpersonal, la relación entre persona y cosa ayuda a comprendernos. La diferencia entre cosa, hombre y persona fue definida exactamente sólo por el cristianismo, concretamente por los capadocios⁴. El ser humano no es sólo un ser vivo racional, como pensaron los filósofos griegos, sino que es persona. Y en la persona, según Zubiri, se distingue

¹ Monje de la Abadía del Valle de los Caídos. Profesor de Monástica e Historia de la Teología en el Pontificio Ateneo de San Anselmo.

² Conferencia pronunciada en la Universidad Católica de Puerto Rico el 7 de octubre de 2004. La redacción conserva el estilo hablado orientado a jóvenes universitarios de las facultades de humanidades.

³ Cf. K. WOJTYLA, *El hombre y su destino*, Madrid 1998, pp. 47, 79.

⁴ Cf. X. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Madrid 1984, p. 323.

la *personeidad* y la *personalidad*. La *personeidad* es lo que se es y es siempre la misma, es la sustancia y no cambia, proporciona la base del valor absoluto y de la dignidad propia e inviolable de la persona. La *personalidad* se va formando a lo largo del proceso psico-orgánico, es un hacerse constante a lo largo de las circunstancias temporales, relacionales y espaciales del existir⁵.

Una persona no es una cosa y tiene una dimensión autoteleológica que antecede al sentido praxeológico⁶. Es decir la persona no es un medio sino un fin en sí misma y este fin no depende de la praxis, no puede ser un instrumento o un medio de su praxis. Como dice la *Gaudium et Spes* (n. 24), el hombre «es la única criatura a la que Dios ha querido por sí misma». Esto ya lo había expresado Kant en su segundo imperativo categórico cuando dijo: obra de modo que la persona sea siempre el fin y no el medio de tu obrar. La persona no es un objeto puro sino que se actúa, se realiza en la relación de simpatía yo-tu. En realidad, la persona es ser y es dinamismo, las dos cosas. El hombre se refiere esencialmente al diálogo, a la comunicación, a la sociabilidad, al encuentro. Tiene muchas formas en las que el respeto por la persona se manifiesta: en el respeto de un saludo, en la simpatía, en la confianza, en el amor. La actitud contemplativa nos lleva a ver detrás de los seres, de las cosas, y sobre todo de las personas, algo más del simple hecho de su apariencia externa, de su materialidad. Nos hace ver el sentido, el significado, el valor...⁷. El encuentro entre dos personas reviste varias formas: puede ser un “encontronazo”, una “lucha” por el alimento, por el poder, por el prestigio... en este caso el otro no es visto como una persona con una finalidad en sí misma sino como un objeto al que se debe apartar, porque obstaculiza la satisfacción de mi egoísmo. A esa relación, a este encuentro le falta la contemplación, el sentido del misterio y, por tanto, el amor. El misterio se revela solo en el amor, y solo en el amor puede conservarse el misterio. El Espíritu Santo, que es amor, revela lo oculto en la intimidad, en lo interior. En el silencio se revela el misterio, el misterio de Dios, el misterio del hombre, que en su libertad acoge tal revelación. La persona posee una dignidad absoluta, pero ésta no proviene de su ser, que es finito, sino de algo absoluto en sí mismo, y no de un absoluto en abstracto, como una idea, un valor o una ley, sino de Dios y del hecho que Él le ha conferido la condición de persona... a través de la llamada, la llamada a ser un Tú para Él, y Él el Tú para el hombre.

Toda persona tiene una dimensión trascendente que la diferencia de la cosa y la pone en una relación potencial de desinteresada comunión con la verdad, el bien y la belleza. Para los creyentes, para nosotros los cristianos, la dimensión religiosa es más clara, porque creemos en Dios y nos ponemos en contacto con él a través de la oración. Pero toda persona humana tiene esta dimensión trascendente en cuanto capaz de abrirse a algo que está más allá de sí misma. El hombre busca, desea, aspira, anhela un más allá porque algo en su corazón, en su ser, le empuja a ello. Quizá no lo sabe definir bien pero lo experimenta fuertemente de un modo u otro. La persona tiene un carácter trascendente, pues, que le lleva a pensar y a actuar con sentido y con responsabilidad, y a aspirar a una felicidad infinita que le sobrepasa y que le plenifica al mismo tiempo. Esta trascendencia se expresa cuando conocemos a otra persona. Cuando vemos a otra persona no la estamos conociendo; en realidad estamos viendo sólo su cuerpo, su cara, y ésto no es suficiente. A este conocimiento exterior, superficial y no-personal le falta el conocimiento de la parte interior, trascendental, de la persona, la que más la define y dice quién es, su pensamiento, su corazón, su proyecto, su aspiración, etc. La persona está abierta y tiene una capacidad de trascendencia que le permite superar su finitud constitutiva concretizada en sus acciones más materiales como comer, beber, bailar o en su afán por el dinero. Varias facetas de la vida humana son muestras evidentes de su constitución trascendente que se materializa en experiencias como la creatividad artística y cultural, la adquisición de nuevos conocimientos, el amor verdadero, la donación personal, la educación de un niño o la organización justa de la

⁵ Cf. J. L. LEMOS MONTANET, *La persona a la luz de la encíclica Fides et Ratio*, en AA.VV., *Antropología y fe cristiana*, Santiago de Compostela 2003.

⁶ Cf. *El hombre y su destino*, p. 193. Sobre el concepto de experiencia, pp. 31-32.

⁷ Cf. R. GUARDINI, *Mundo y persona*, Madrid 2000, pp. 114-118.

sociedad⁸. A propósito de la creatividad estética, el otro día tuve la satisfacción de visitar el Museo de Arte de Ponce y pude acercarme y gozar de las obras pictóricas que se exponen allí y que abarcan casi toda la historia de la pintura; algunas, verdaderas obras maestras. A la entrada del museo pude leer unas frases del fundador del museo: “No todo es material. Existe la belleza, la expresión de la creatividad del espíritu humano”.

Pero la expresión máxima de su ser trascendente es la dimensión religiosa en la que el hombre entra en contacto con Dios. El cristiano, que cree en Cristo, puede comprender sin mayor dificultad su dimensión trascendente a través del conocimiento de la revelación. Dios ha querido manifestarse, revelarse y darse a conocer por el hombre para que éste pueda alcanzar su plenitud y su felicidad, perfecta e infinita, para la que fue creado originariamente. Dios se ha comunicado a través de su Palabra para que le pudiéramos conocer y así Dios ha entrado en diálogo con el hombre. Esta es la mayor maravilla de la historia de la humanidad, sin comparación con ningún otro descubrimiento humano... Porque el hombre pudo conocer a Dios, pudo conocerse a sí mismo y pudo conocer el bien personal e interpersonal o social. Si echamos una mirada a las primeras páginas de la Biblia, en concreto al cap. 3 del Génesis, podremos comprobar que las primeras palabras que pronuncia Dios directamente al hombre son para establecer un diálogo con él, aún más, para buscar al hombre: «¿Dónde estás?» (Gn 3,9). Descubrir que el hombre es buscado por Dios, a pesar de que Dios no tiene ninguna necesidad de él, constituye una experiencia religiosa fundamental. El hombre se descubre como imagen de Dios. Sentirse buscado por Dios, amado por Dios es la raíz de nuestro encuentro con Dios, de la contemplación, y es el origen a su vez de nuestra búsqueda de Dios y de la base de nuestro ser persona y, en consecuencia, del respeto radical y máximo que debemos a nuestra persona y a la de los demás.

En el origen, pues, está la palabra de Dios. Más allá de nuestra contingencia, encontramos que Dios mismo pone en nosotros la semilla inicial de la contemplación y de nuestra capacidad de desarrollarnos como personas y a la altura de las máximas potencialidades humanas que descubrimos en nuestro interior, sean intelectuales, artísticas, místicas, sociales, éticas o comunicativas... El Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*⁹ ha expuesto el papel fundamental que desempeña la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (cap. VI) en todas sus manifestaciones, la espiritualidad, la pastoral, la teología... «alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (n. 21), «alma de la teología» (n. 24), fundamento del pensamiento cristiano. En la palabra de Dios se nos revela el verdadero rostro de Dios y el verdadero ser de la persona como imagen de Dios, la calidad y el valor de su vida y por tanto el respeto sumo que merece. Dios es amor -según la definición del evangelista Juan- y la persona es amor. Una idea correcta del amor influye en nuestra concepción de persona y en el respeto que se le debe. De la palabra de Dios podemos extraer algo fundamental para nuestra vida, una idea correcta de Dios, de la persona y del amor. Sobre todo del Evangelio. El qué y el cómo de estas ideas básicas. Importa también el cómo, es decir el lenguaje y el estilo que utilizó Jesús para decirnos quién es Dios y quienes somos nosotros. Jesús dio origen a un nuevo modo de vivir y de pensar, a un nuevo estilo de relación interpersonal, y a nuevo modo de mirar el mundo y de mirar al otro. Juan Pablo II ha afirmado que el problema principal del mundo contemporáneo es la ausencia de interioridad y de contemplación. Hablemos un poco de contemplación.

Los cuatro pasos hacia la contemplación

⁸ Cf. J. MARÍAS, *Antropología metafísica*, Madrid 1995. A. LÓPEZ QUINTÁS, *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, Madrid 2002.

⁹ DV 21-26.

La contemplación tiene su origen en la palabra de Dios¹⁰ y, según la tradición monástica benedictina, sigue un proceso de cuatro fases que se han vuelto clásicas y que van desde la *lectio divina* hasta la contemplación:

- *Lectio* (lectura de la Sagrada Escritura)
- *Meditatio* (meditación)
- *Oratio* (oración)
- *Contemplatio* (contemplación)

El primero en la historia que habló de la *lectio divina* fue Orígenes (185-253) que fue una figura destacada de la primitiva iglesia de lengua griega, fundador o inspirador de la interpretación alegórica de la Escritura que se desarrolló en Alejandría, en Egipto, y que influyó durante varios siglos en toda la interpretación cristiana de la Escritura. En el año 238 escribió una carta a su discípulo Gregorio Taumaturgo en la que le recomendaba la lectura de las divinas Escrituras para agradar a Dios, la búsqueda y la comprensión del sentido que tienen para lo cual era necesaria la oración. Orígenes subraya la perseverancia en la divina lectura incluso cuando nos encontremos como delante de una puerta cerrada, es decir ante un pasaje en el que no comprendemos el sentido de lo que leemos. La llave para abrir la puerta, es decir para comprender el sentido que puede parecer oculto, es la oración, aludiendo a las palabras del Evangelio «llamen y se les abrirá» (Mt 7,7).

Esta práctica de la lectura de la Escritura unida a la oración fue muy común durante la época patristica y fue consolidada por los maestros de la espiritualidad monástica hasta la sistematización clásica realizada por Guigo II el Cartujo (+1188) en sus cuatro fases de lectura, meditación, oración y contemplación. De esta forma describía todo el itinerario espiritual del alma a Dios utilizando las metáforas de los sentidos corporales oído, olfato, vista, gusto y tacto para atribuirles analógicamente un significado místico. En la actualidad Juan Pablo II recomienda expresamente la *lectio divina* en su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (n. 39) del 6-1-2001 como experiencia que hace de la escucha de la Palabra un encuentro vital¹¹. Anteriormente había sido recomendada también por el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) - ns. 1177; 2708- y por la Pontificia Comisión Bíblica en su documento «*La interpretación de la Biblia en la Iglesia*» (1993), n. 49.

¿Qué es entonces la *lectio divina*? No es una simple lectura, como podría ser la que hacemos al leer el periódico mientras desayunamos, o una revista en el autobús o una novela antes de dormirnos. No se parece tampoco a la lectura cultural o científica que suele responder a un interés intelectual. La *lectio divina* es en realidad la lectura y la escucha orante, personal o comunitaria, de la palabra de Dios. Constituye así toda una experiencia de todo mi ser personal, semejante a aquella que se lee en *Deuteronomio* (6,5) referida al amor de Dios con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma, con todas las fuerzas. El contacto con la palabra de Dios no puede ser superficial porque toca algo profundo de mi persona, de mi ser, de mi historia, de mi confianza. La divina lectura, como experiencia trascendente, empieza pues con la escucha. Una escucha cualificada, que sabe distinguir la palabra de Dios y las múltiples palabras de los hombres. Es más importante escuchar que hablar. (Los rabinos dicen que Dios nos ha dotado de dos orejas y una boca -y no de dos bocas y una oreja- para indicar que debemos escuchar el doble de lo que hablamos). “Cuando leemos escuchamos a Dios, cuando rezamos le hablamos a Él” (san Ambrosio). La Palabra llama, invita e interpela. La experiencia de la Palabra, con todo, culmina y no se puede separar de lo que constituye su culmen, es decir la

¹⁰ Cf. G. CAPPELLETTO (ed.), *Ascoltate “oggi” la sua voce. La parola di Dio nella vita della Chiesa*, Padova 2003. G. M. COLOMBÁS, *La lectura de Dios*, Zamora 1982. M. MASINI, *La lectio divina*, Madrid 2001. A. M. MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO, *La Scala Claustralium de Guigo II el Cartujo. Experiencia y Método de la lectio divina*, Zamora 1994. M. MAGRASSI, *Bibbia e preghiera. La lectio divina*, Milano 1987. C. VAGAGGINI (ed.), *La preghiera nella Bibbia e nella tradizione patristica e monastica*, Cinisello Balsamo 1964.

¹¹ Cf. B. STUDER, *L'esegesi patristica, un incontro con Cristo: osservazioni sull'esegesi dei Padri latini*, «*Augustinianum*» 30 (2000), pp. 321-344.

acción litúrgica. Escritura y Eucaristía, Palabra y sacramento (*Dei Verbum* 21; *Sacrosanctum Concilium* 9). Tradicionalmente se practicaba personalmente; ahora se practica también en grupos y en comunidades. Veamos brevemente cada uno de los cuatro pasos:

1. El primer momento es la *lectio* o lectura de una página de la Biblia. Es una lectura pausada en la que trato de comprender lo que dice el texto y su significado, el mensaje que transmite. Se ha llamado también a este primer paso “lectura espiritual” o lectura “sapiencial”. Se trata de escuchar con atención lo que Dios dice en la Palabra, sin buscar otra finalidad fuera de la Palabra misma. La Palabra transmite la historia de la salvación y cada uno forma parte también de la historia salvífica. Si uno quiere conocer su presente, su pasado y su futuro, lo encontrará en la palabra de Dios. Pero esto es lo que hay que descubrir. Y ¿qué es esta historia? Es en el fondo la historia de la Alianza, de una relación de amor de Dios con nosotros, en la que, como en la vida misma, hay encuentro y desencuentro (recordemos al pueblo de Israel), acuerdo y desacuerdo (pensemos en Marta y María), bien y mal (David), gracia y pecado (Pedro), presencia y ocultamiento (Moisés), verdad y mentira (Judas), vida y muerte (Lázaro), potencia y debilidad (Pablo), felicidad y desgracia (Job), luz y tinieblas (Juan), día y noche (Samuel), canto y llanto (María Magdalena). Una historia, en definitiva, siempre dialéctica que acompaña la existencia humana personal y social.
2. El segundo paso es la *meditatio* o meditación de la página bíblica y la búsqueda de lo que me dice personalmente a mí la Palabra. Este paso se llamaba también *ruminatio* o rumiar la Palabra, queriendo indicar así la reflexión personal de la Palabra, el “darle vueltas” a semejanza de lo que hacen los rumiantes, las vacas, cuando digieren lo que comen. Sería metafóricamente el saborear la Palabra, el gustar, masticar. En este momento uno hace suya y asimila la Palabra personalmente, igual que el alimento que se come y el cuerpo lo asimila. Cuando se busca el significado del texto para mi vida entro en una relación personal entre la Palabra y la vida en la que la Palabra fecunda mi vida y, a la inversa, mi vida encarna la Palabra. Aplico la Palabra a mi vida para agradar a Dios, iluminar mi vida y desarrollarme como persona humana. La Palabra ilumina e interpreta mi vida como historia de salvación. Debo dejar interpretarme por la Palabra.
3. El tercer paso es la *oratio* u oración en el que se intensifica la relación con Dios. Aquí yo hablo a Dios, respondo a lo que Él me ha dicho con su Palabra. Puedo hablarle de muchas formas: en el silencio interior o suplicando, adorando, reconociendo, agradeciendo, alabando, cantando, invocando al Espíritu Santo, pidiendo perdón, confiando... El Espíritu Santo y la Palabra meditada iluminan la mente en la oración.
4. El último paso es la *contemplatio* o contemplación que no se refiere, como a veces entendemos este término, a un momento de éxtasis como han tenido algunos santos, como santa Teresa de Jesús y otros, en el que se elevaban o se suspendían sus sentidos. La contemplación es una experiencia en la que uno se deja llenar e impregnar de la Palabra gratuitamente y sin otros intereses ni pensamientos. Cesan las palabras y uno ve, ama, contempla en gozo interior y luminoso la belleza de la Palabra, se une a Dios mismo y se deja penetrar de la acción de la gracia que se transmite y transforma la persona. Aquí se siente y gusta la belleza de ser hijo de Dios, familia de Dios y, así, se crece en la confianza y en la fe.

Guigo II el Cartujo habló de este proceso con una metáfora muy utilizada en la tradición monástica: las cuatro fases serían como una “escalera” que une la tierra y el cielo con cuatro escalones que representan cada fase espiritual. Guigo las define así: “La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la gusta”¹². Guigo toma como base una frase de Jesús en el evangelio de san Mateo (5,8): “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”, para explicar que no se habla ahí de los limpios de cuerpo, sino de corazón que es más espiritual y más interno. Esta frase, dice él, es como un racimo de uvas apetitoso que uno desea saborearlo. Por otra parte,

¹² A. M. MARTÍN FERNÁNDEZ-GALLARDO, *La Scala Claustralium*, p. 35.

establece un paralelismo entre las cuatro fases y los sentidos corporales (oído, olfato, gusto, tacto y vista) a los que atribuye un significado simbólico en las fases de la experiencia espiritual que conducen a la contemplación¹³. El oído se asocia a la primera fase de lectura, porque en la lectura de la Palabra uno se pone a la escucha de Dios. Dios nos habla a través de su palabra y uno oye y escucha. El olfato adquiere el significado místico de la meditación y de la oración, es decir de las fases segunda y tercera, en las que se empieza a sentir la “suavidad del perfume” que anuncia la presencia del Esposo, es decir de Cristo. El perfume desprende un olor que se huele a distancia, y de modo análogo la presencia, a través del olfato espiritual, se presiente aunque no se vea y fomenta el deseo. La meditación y la oración tienen esta función. El gusto indica la contemplación directamente. El gusto espiritual denota la experiencia contemplativa, la unión mística con Dios que produce el gozo de sentir espiritualmente la presencia suave de Dios en una experiencia inenarrable, desbordante, reconfortante, pacificante, vivificante, enteramente espiritual. La vista se refiere a la misma experiencia del gusto pero desde otro punto de vista. Siendo una experiencia inefable, el gusto denota el aspecto más afectivo y la vista el aspecto más visual y cognoscitivo de la iluminación que se percibe en la consciencia. Se ve a través de la luz. Resulta una experiencia contemplativa iluminante. Es un modo de “ver” a Dios de alguna forma hasta que se llegue a la “visión”, a la luz definitiva en la vida eterna.

La contemplación constituye pues un itinerario espiritual de la persona basado en la Sagrada Escritura y que lleva en su fase última a una experiencia gozosa y luminosa de gracia y unión con Dios. Es un ejercicio que, si se practica con regularidad, produce frutos de una gran experiencia espiritual de belleza, de amor, de luz, de vida eterna, que, en definitiva, unifica la persona en un crecimiento interior llamado «santificación» o «divinización» (Padres griegos) en el que interviene el Espíritu Santo. O como se expresa san Gregorio Magno: “Conocemos, mediante el amor, la belleza de nuestro creador ofrecida a nuestra contemplación, a la que tendemos”¹⁴. En su Comentario al *Cantar de los Cantares* Gregorio habla de una escalera de tres peldaños en su consideración de la moral y de las cosas del mundo para llegar a la contemplación de Dios:

“Primero ciertamente viene el poner en orden el comportamiento; luego el considerar todas las cosas presentes como si no existieran; y en tercer lugar viene el mirar las cosas puras con una celeste e interior penetración de corazón. Así, por estos grados de los libros se hace una escalera hacia la contemplación de Dios: de modo que, mientras primero son gestionadas bien las cosas honestas del mundo, después son despreciadas hasta las cosas honestas del mundo, y finalmente se ven hasta las cosas íntimas de Dios”¹⁵.

«La palabra de Dios, como dice Juan Pablo II, es la fuente primera de toda espiritualidad cristiana»¹⁶. O como recuerda el C. Vaticano II, Dios habla a los hombres como amigos (*Jn* 15,14-15) para invitarles y admitirlos a la comunión con Él¹⁷.

Respeto por la persona

¹³ *Ibid.*, pp. 71-77.

¹⁴ “Per amorem agnoscimus auctoris nostri contemplandam speciem, quam sequamur”, *Mor.* X, VIII, 13, OGM I/2, p. 144. (OGM= *Opere di Gregorio Magno*, lat.-it., Roma 1990-2001).

¹⁵ “Prius quippe est mores componere; postmodum omnia, quae adsunt, tamquam non adsint considerare; tertio vero loco munda cordis acie superna et interna conspicerere. His itaque librorum gradibus quasi quandam ad contemplationem Dei scalam fecit: ut, dum primum in saeculo bene geruntur honesta, postmodum etiam honesta saeculi despiciantur, ad extremum etiam Dei intima conspiciantur”, *In Cant.* 9, Sch 314, p. 84. GREGOIRE LE GRAND, *Commentaire du Cantique des Cantiques*, ed. R. Belonger, *Sources Chrétiennes* 314, Paris 1984. Cf. MÜLLER, S., “Fervorem discamus amoris”. *Das Hohelied und seine Auslegung bei Gregor dem Großen*, St. Ottilien 1991.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Vita consecrata*, 1996, n. 94.

¹⁷ Dei Verbum 2.

La contemplación nos introduce en una percepción nueva y adecuada de la revelación divina y humana. Nos ilumina acerca de nuestro ser personas y, sobre todo, genera en nosotros un modo nuevo de mirar el mundo y de concebir las relaciones humanas. Conociéndonos a nosotros en profundidad conocemos también a los otros y se originan entre nosotros unas relaciones nuevas basadas en la admiración y en el respeto del “tesoro” que Dios ha puesto en el corazón de cada persona humana. Las cosas, su afán, el afán de tener, de comprar, de consumir, puede oscurecer la percepción de lo que somos. Por otra parte, las relaciones interpersonales modifican de hecho nuestra personalidad, nos mejoran o nos empeoran. Nuestro ser como personas queda intacto, pero nuestra personalidad, nuestro desarrollo moral, no¹⁸. Además de las relaciones interpersonales, el respeto de la persona es una consecuencia de nuestro comportamiento moral que se manifiesta en nuestras “virtudes” o en nuestros “vicios”, nuestras costumbres buenas o malas. Sin fe y sin conocimiento de la palabra de Dios perdemos una perspectiva profunda de nuestra interioridad y de la fuente de respeto que ello constituye. Es difícil respetar profundamente al otro sin esta perspectiva. Sin conocer a la persona en profundidad y en todo su valor, desde la contemplación, es imposible respetarla, reconocerla y admirarla en la medida que se merece. La Palabra permite también una experiencia personal fundamental como es el encontrarse a sí mismo y la llamada radical que sentimos hacia la comunión con Dios. El deseo de Dios, el deseo de transformarnos en Dios, es un don del Espíritu que llevamos dentro, muy dentro.

En Cristo tenemos el modelo y la culminación perfecta de lo que somos nosotros y de lo que son nuestras relaciones personales. Cada cristiano tiene en Él un “espejo” donde poder examinarse como figura transparente del nuevo modo de vivir, de pensar y de relacionarse que se desprende de la contemplación del misterio de Dios revelado en Cristo. En el Jesús del Evangelio tenemos ejemplos variados de cómo se relacionaba Jesús, cómo respetaba a la gente Él: se relacionó, de hecho, con los pecadores, con los ancianos, con los pobres, con los hombres, con las mujeres, con los trabajadores, con los niños, con sus amigos... La contemplación nos facilita el conocimiento profundo, vital con el ser mismo de Jesús y también en el conocimiento de nosotros mismos. Desde aquí estamos en disposición de vivir la nueva relación con el otro, la nueva mirada del otro que se basa en el respeto de la persona. Pero el respeto es el comienzo sólo de la relación. El respeto es la actitud de un cristiano que en el otro ve también la imagen de Dios que él descubre, por la contemplación, en sí mismo, ve en el otro al hijo de Dios que él se descubre también en sí mismo. De este modo un cristiano cuando ve a otra persona la respeta y la admira. Echemos una ojeada al modo de relacionarse de Jesús. Jesús cuando se relaciona con otra persona, primero la respeta, pero después la ama, en el desinterés y la gratuidad de un amor que es donación, para terminar en el gran “signo” que es el servicio. Recordemos la escena del lavado de los pies de sus discípulos en la última cena. Pero ¿de qué es signo esta escena? No creo que sea un signo de higiene o de cortesía, ni siquiera de humildad o de caridad. En realidad, es signo de su poder que es el amor y el servicio al otro. Esta es la clave de lectura de todo el evangelio en la nueva relación interpersonal que Jesús ha inaugurado en el mundo. Esta es la relación de respeto interpersonal verdaderamente humana, que lleva al bien, que lleva a la felicidad. Por el contrario, ver al otro con el interés del aprovechamiento en beneficio propio y de su explotación para mi bienestar es la consecuencia del egoísmo que llevamos dentro como principio del mal y que destruye unas relaciones humanas justas, respetuosas, de amor y servicio mutuo. Igualmente contrario a una relación humana digna se podría decir del ver al otro-a como objeto de satisfacción de mis instintos sensuales. La falsedad, el engaño o el autoengaño en torno a Dios o a nosotros mismos daña, perjudica nuestras relaciones y empaña, oscurece, en consecuencia, el respeto de la persona.

La contemplación implica una escucha, un silencio, una meditación, un discernimiento. La palabra de Dios es libre y tiene su ritmo, su tiempo, su modo de actuar que es distinto de las palabras humanas que tienen sus previsiones calculadas, a veces con formas retóricas y fines manipuladores. Cada página bíblica sorprende, fascina, renueva, fortalece, ilumina y nos

¹⁸ G. BASTI, *Filosofia dell'uomo*, Bologna 1995, pp. 313, 345.

permite siempre reconocernos en Dios y en nosotros mismos. La contemplación nos introduce pues en el mundo ineludible de nuestro conocimiento profundo y por tanto en el conocimiento de mí mismo y de los otros, siendo así la vía que posibilita una actitud real de respeto hacia mí mismo y hacia el otro. Primero uno se debe respetar a sí mismo, de lo contrario no puede respetar al otro. La contemplación nos hace descubrir el tesoro, la imagen divina, que llevamos dentro nosotros, yo y el otro, nos hace conocer a la persona en sus aspiraciones, en sus experiencias. Mirarse como en un espejo en la palabra de Dios¹⁹ a través del itinerario y de la experiencia de la contemplación nos permite mirarnos y reconocernos tal como somos, frágiles y limitados, pero hechos a imagen de Dios y portadores intencionalmente de un respeto infinito hacia nosotros mismos y hacia los demás. Nuestra realidad es dialéctica, es de vida y muerte, de luz y tinieblas, de potencia y debilidad, pero la palabra de Dios es la única que es capaz de hablarnos con verdad de Dios y de nosotros mismos, de permitirnos contemplar la belleza fascinante de Dios a cuya luz contemplamos también la nuestra. De la Palabra brota de hecho un nuevo modo de vivir que nace de la nueva fraternidad constituida de las personas regeneradas por la misma Palabra. El respeto por la persona, y la alta calidad de relaciones humanas que genera, necesita un fundamento sólido, verdadero y permanente que lo sustente que sólo se puede encontrar plenamente a través de la fe y de la contemplación de la Palabra.

Pérez de Laborda ha hablado sobre el hombre como metáfora de Dios²⁰ en un intento de comprender el lenguaje “icónico” que utilizamos muchas veces cuando tratamos de comprender al hombre. En concreto él se ha referido a una obra maestra de la teología monástica medieval como es el *Comentario al Cantar de los Cantares* de san Bernardo. En esa obra se encuentra, en toda su provocación y a través de todo un lenguaje poético y místico, toda la profundidad que experimenta el hombre en su deseo de Dios. San Bernardo ofrece una meditación afectiva, “más dulce que la miel de un panal que destila”, de todo el itinerario del amor humano hacia Dios. Ahí encontramos los símbolos del deseo y del amor: el beso, los labios, la boca... los sentimientos, la evocación simbólica de la intimidad del alma que busca a Dios, la efusión del gozo y de la luz que provoca la unión mística con Dios. Bernardo es capaz de configurar en un lenguaje simbólico su propia experiencia de deseo, amor y unión con Dios. Utiliza los símbolos del amor matrimonial para describir su experiencia. Pero se refiere también al beso que Dios dio a la humanidad cuando Cristo se encarnó, se hizo hombre. Lo humano y lo divino juegan su papel: el esposo es Dios, la esposa es el alma humana. El amor divino transforma la persona en una experiencia trascendente única e insospechable. Es una experiencia de éxtasis.

Termino con unas palabras de san Anselmo, un gran pensador y un gran místico, que hablaba así de la contemplación: “Deseando te buscaré, buscando te desearé. Amando te hallaré y hallándote te amaré... De verdad, Señor, que esta luz en la que habitas es inaccesible, pues no existe nadie que pueda penetrar esta luz para contemplarte... Mi entendimiento no puede alcanzar esta luz, es demasiado resplandeciente para comprenderla... Su fulgor la deslumbra, su sublimidad la supera, su inmensidad la anonada, su amplitud la ofusca... Qué lejos estás de mi presencia, mientras yo siempre estoy en la tuya” (*Proslogion* 1).

*Abadía de Santa Cruz
E-28209 Valle de los Caídos (Madrid)
España*

¹⁹ AELREDO DI RIEVAULX, *Lo specchio della carità*, Milano 1999, p. 215.

²⁰ Cf. A. PÉREZ DE LABORDA, *Sobre quién es el hombre*, Madrid 2000, pp. 173-176.